



# MARÍA CASARES

UNA ESTRELLA  
EN EL EXILIO

NOVIEMBRE ————— 2022

## PASAPORTE DIPLOMÁTICO

¿Qué podría decir de la guerra de España para hacerla tangible a los que no la conocieron? ¿Qué puedo contar, incluso de mi experiencia personal, sobre los pocos meses que la viví? ¿Qué me quedó en la memoria? Ante un posible Juicio Final, ¿en qué, cómo, de qué podría dar mi testimonio? Y el hecho probado de que vino a trastornar totalmente la existencia que fue la mía hasta entonces, ¿qué hizo de mí, que yo sepa, sino yo misma? ¿Algo malo? ¿Algo bueno? *Chi lo sà!*

De lo que hubiera podido ser si nada hubiera sucedido, no sé más de lo que sé sobre lo que yo era antes de mi nacimiento o de lo que seré después de mi muerte, y la sola certeza que me queda es que a la edad que tenía y en la situación en que me encontraba cuando estalló, fue para mí fin y muerte de un modo de vida, pero también comienzo y renacimiento. Por lo demás, los acontecimientos a los que asistí o en los que participé, aun llevándolos intactos en mí, me es difícil hablar de ellos sin correr el riesgo de caer en la anécdota; y no conozco nada menos anecdótico que una guerra.

Cuando un tifón devasta una comarca, se pueden recordar imágenes muy precisas y siempre fuertes. Un encuentro. Un árbol peligrosamente inclinado, un taxi

volcado en medio de la calle. La boca abierta de una mujer tachada del paisaje por la caída de un poste. La sombra erizada de un gato rabioso en el espacio vacío, o una nube que huye por el mapa del cielo como una loca navegación de islas británicas escapadas a la tierra. Una mano que sostiene la vuestra o el grito de un niño... Pero el tifón *no está ahí*. Es como cuando basándose en diversos informes, se consigue trazar detalle por detalle, la imagen robot de un bandido perseguido; terminado el retrato, aparece una cara, pero el hombre *no está ahí*.

También el tifón español que duró dos años y ocho meses nos dejó un número abrumador de hechos y de historias en los relatos de quienes lo vivieron; pero no es ahí donde radica la guerra de España.

Al igual que la vida misma, la guerra no es una serie de hechos o de acontecimientos puestos unos a continuación de otros. Por conmovedores que sean, no pueden informar a nadie a no ser como signos; como la expectoración de sangre nos advierte de la tuberculosis o el tumor de un cáncer; como la forma de la nariz o el color de los ojos nos ayuda solo a figurarnos una cara, o el recuerdo confiado de una caricia, a adivinar un amor. Pero la tisis, ni el cáncer, ni el amor, ni la persona están



*El testamento de Orfeo*

en la sangre escupida, el tumor, el recuerdo de un gesto o los rasgos de una cara. La experiencia de la guerra es inenarrable y solo puede ser entendida si el que escucha su relación la ha vivido. El estado de guerra no se halla únicamente en las declaraciones oficiales o en el toque de queda que vacía las calles nocturnas; es posesión; nos tiene y nos metamorfosea; y para transmitirlo necesitamos, a falta de genio, un interlocutor íntimamente informado o bien alguien cuya imaginación, capacidad de pasión, sensibilidad, simpatía, le hagan de vivir un relato hasta ser enteramente poseído por él.

El recuerdo más aterrador que me dejó la guerra de España no se vincula a ningún hecho "real". Es de la primera noche, la que siguió a la llamada telefónica anunciando el levantamiento militar en Marruecos. Ninguna idea de la forma en la que me enteré a mi vez del acontecimiento; solo sé que me encontré con mis padres y Susita y Maximino en el Ministerio de la Guerra. Ni pensar ya en vacaciones gallegas; estaba en una gran sala solemne, con las paredes cubiertas por retratos de antecesores.

Como en la Comédie-Française. Y también allí se andaba de puntillas, se hablaba en voz baja, y, a pesar

de la urgencia, se respetaba el protocolo.

La guerra estaba en el escenario y en aquellos bastidores acolchados, solo las miradas vidriosas y las respiraciones agitadas lo atestiguaban.

Idas y venidas. Cuchicheos.

La antecámara de un hospital, una velada que no se atrevía a confesarse fúnebre.

Enrique Varela, mi cuñado, convertido, gracias a una estrecha colaboración, en el brazo izquierdo de mi padre, estaba allí, con la boca entreabierta, sus grandes ojos castaños desorbitados, más redondos que nunca; no era ya más, todo él, que pura estupefacción reunida en torno a su fino bigote de niño de bien, absolutamente inexpresivo. Allí estaba, junto a otro íntimo colaborador de mi padre – su brazo derecho, supongo–, que se llamaba Fernando Blanco y que nunca en su vida había merecido tanto su apellido.

Otras gentes, otras personas, otros colaboradores entraban, salían, susurraban, gesticulaban, se apresuraban, presos de una agitación descontrolada y sin objeto, pesados y lentos, como en un sueño.

Para mí era como si alguien hubiera cortado el sonido; pero de pronto

tuve a mi padre frente a mí –de acero como una espada, y entonces oí.

Me anunció que tenía que marcharme inmediatamente a casa de Amalita de la Fuente, en la otra punta de Madrid, para pasar la noche tranquila. Mamá había decidido quedarse con su marido en aquel lujoso cuartel que, seguramente, iba a ser bombardeado aquella misma noche (esta última información la pesqué entre cuchicheos).

Susita lloraba.

Me llevaron.

Allí me encontré con gente a la que no conocía, o que conocía muy poco: la familia de Amalita.

Se me dio de comer. Se me invitó a irme a dormir. Me acosté e, inmediatamente después –se produjo el horror.

Empezó por el ruido rimado del galope de una cabalgata fantástica. Como para creer que todas las caballerías de todas las Españas atacaban Madrid. Yo escuchaba. Me orientaba mal y no sabía de qué lado estaba el Ministerio de la Guerra. Me levanté para escuchar a la ventana. Gritos lejanos. Carreras. Estallidos. Y luego, la primera detonación. Unos minutos después, el cielo parecía de fuego tras la ventana con los postigos cerrados. La violencia del bombardeo sacudía los cristales, el suelo de mi habitación, y hacía vibrar

la cama. Alguien abrió la puerta y me dijo desde muy lejos, en tono tranquilo: «¿Estás bien?» Respondí calmamente: «Sí, estoy bien...» – «Duerme; no tengas miedo, no pasará nada». Y la puerta volvió a cerrarse tras la hermana de Amalita y sobre el estruendo del Apocalipsis. En el silencio restablecido, mortal, me eché a llorar quedamente. Muy quedito, durante mucho tiempo, igual que cuarenta años después, cuando me enteré de la muerte de Franco. No sentía la menor pena. Pensaba en mis padres muertos; pero la urgencia de las decisiones que me era preciso tomar me asilaba de todo dolor y de toda emoción. Tenía que salir a toda costa de Madrid, salir de

España, pasar a Francia. Tenía que... Y con los ojos secos, me quedé dormida. Por primera vez recurría al sueño para huir de la desdicha.

Al día siguiente, supe que no había pasado nada, que la noche había transcurrido en perfecta calma, y estoy casi segura de que fue aquel mismo día cuando volvieron a llevarme a casa, a la calle de Alfonso XII. Pero allí ya no soñaba: la casa que encontré era sin la menor duda la de una familia de luto.

No había muerto nadie sin embargo y muy pronto comprendí que el advertimiento de la guerra no era la única causa del ambiente que allí



*Las damas del Bois de Bologne*





[t.me/filmoteca\\_es](https://t.me/filmoteca_es)



[twitter.com/Filmoteca\\_es](https://twitter.com/Filmoteca_es)



[facebook.com/FilmotecaES/](https://facebook.com/FilmotecaES/)



[instagram.com/filmotecaes](https://instagram.com/filmotecaes)



[vimeo.com/filmotecaespanola](https://vimeo.com/filmotecaespanola)



[filmotecaespañola.es](https://filmotecaespañola.es)